

misma Iglesia está esa unidad, elevada y engrandecida por modo sublime y sobrenatural, conviene á saber: en su misión, en su doctrina, en su predicación, en su influencia maravillosamente difusiva, en la naturaleza y los dones con que brinda á todos los que quieren ser hijos de Dios, y para decirlo en una palabra, en aquel espíritu que la mueve á buscar por todas partes la oveja perdida, esto es, las almas todas que están fuera del redil, para traerlas á él, y abrazarlas con brazos de madre, suspirando por que llegue el día en que no haya en el mundo sino un sólo rebaño y un sólo pastor: *Unum ovile, et unus pastor*. Tal es, considerada á la luz divina, conforme con la razón y la sana filosofía, la verdadera *unidad humana*, ó para hablar en el idioma castellano la unidad de la naturaleza humana, á que se da el nombre de humanidad, la cual se multiplica por todos los individuos de nuestra especie, unidos entre sí por una misma ley de justicia y de amor, y llamados á vida inmortal y eterna en el cielo. Contraria radicalmente á esta unidad, que es, cierto, la de los ultramontanos, es la unidad á que aspiran los fracmasones: no conocemos término alguno

medio que concilie estos contrarios, ni el señor Barnés ha presumido de conocerlo tampoco: de donde no es temerario inferir que pues odia tan de corazón á la primera, sea la segunda el objeto de sus delicias, y que la palabra *humanidad* no sea otra cosa en su filosofía de la historia sino el ídolo que debe suceder á los falsos dioses del paganismo y al Dios verdadero de los cristianos: *EXTINCTIS DIIS, EXTINCTO DEO, SUCCESSIT HUMANITAS*. «Después de haber adorado á los dioses del paganismo,» añaden los ilustres publicistas de la *Civiltá Cattolica* ¹, formulando el concepto del progreso humanitario, «y después de haber adorado á un sólo Dios en el seno del cristianismo, ya es tiempo que la humanidad se adore á sí misma. Perezca pues el reino de Jesucristo y de su Iglesia: fuera dogmas, fuera Dios, fuera también el alma: abajo la autoridad: concluyan asimismo el matrimonio, la familia, la propiedad, la patria; quede sólo una especie de sociedad humanitaria que se ignora lo que quiera ser, y una república universal, que sea la anarquía y la confusión, *ubi nullus ordo*, imagen del infierno.»

¹ Ser. XI, vol. III, pág. 138.

P. ¿En qué fuente bebe su inspiración la Edad Moderna?

R. «La Edad Moderna, como puede observarse, se inspira en la *naturaleza*, busca la *realidad*. La Edad Media procede de *fuera para dentro*; la Edad Moderna procede de *dentro para fuera*, esto es, por vía de examen y libre crítica, cambiando el fundamento y la dirección en todos los fines y esferas de la vida humana, ciencia, arte, derecho, literatura, industria, comercio, y los conceptos de estado, familia, sociedad, justicia, conciencia, educación, etc., *tendiendo á conciliar todos los extremos*, armonizar las ideas y ensanchar los horizontes todos de la vida ¹.»

La *naturaleza* para este profesor, es únicamente el universo material y sensible; y así, *inspirarse*, como dice, *en la naturaleza*, que en el pasaje anterior parece ser la única realidad, es pedir á la materia inspiración y vida para la ciencia, para el arte, para la dirección de las acciones humanas: materialismo y positivismo puro, realismo y negación del orden moral y de la felicidad del hombre más

¹ Prolegómenos de Historia Universal, por D. F. J. BARNÉS, página 17.

allá del sepulcro. ¿Y es esta la Edad Moderna? Por dicha nuestra, los que la admiran y celebran con entusiasmo, en razón precisamente de los vicios y errores que la deshonran, no verán realizada su abominable idea, porque gracias á la divina piedad no faltan en esta edad ni faltarán en ninguna adoradores del verdadero Dios, que busquen la realidad sobre el mundo visible, y se inspiren en las fuentes eternas é inmateriales de la belleza y de la santidad.

En lo único que acierta el profesor de Sevilla, es en decir, que la Edad Media procedía de *fuera para dentro*, es decir, que entonces los hombres no se sacaban de la cabeza la verdad de las cosas, ni las leyes que rigen las costumbres, sino se resignaban á no ser como Dios, que procede de *dentro para fuera*, contemplando en sí mismo las razones de todas las cosas y de todos los actos y operaciones de ellas, y comunicando por pura bondad á las que su sabiduría determinó sacar de la nada, alguna semejanza ó participación finita de sus perfecciones infinitas, según el grado correspondiente á cada cosa en el orden jerárquico de la creación. No se resigna á tanto la

Edad Moderna, al decir de su apologista *oficial*, sino que procede de *dentro para fuera*, esto es, por vía de *examen y libre crítica*, ó sea disolviendo y demoliendo la verdad objetiva, sobre todo la del orden espiritual y teológico, y las leyes de la justicia y del amor, y *cambiando el fundamento y la dirección en todos los fines y esferas de vida humana, ciencia, arte, derecho, literatura, industria, comercio, y los conceptos de estado, familia, sociedad, justicia, conciencia, educación, etc.*, ó sea convirtiendo en realidad el libre pensamiento, en ciencia los delirios del panteísmo, en arte todas las falsas bellezas que adora el sentido depravado, en derecho el comunismo, en literatura el arte de sacar mundos imaginarios de cerebros vacíos, en industria la esclavitud del obrero, en Estado los Grandes Orientes de la masonería, en familia la promiscuidad, en justicia la moral de la carne, en educación el espíritu de Paulo Bert, *cambiando, por consiguiente, el fundamento y dirección de todos los fines de vida humana*; de manera que si en la Edad Media los hombres contemplaban en Dios el principio y fundamento de todas las cosas, la Edad Moderna le pone y contempla en la naturale-

za material y sensible; que si entonces el hombre se creía hecho para servir y amar á Dios en esta vida y gozarle en la otra, ahora, con el progreso de las luces, debe cifrar su destino en servirse y amarse á sí mismo sobre todas las cosas con amor puramente carnal, y en morir del todo como el mulo y el caballo, de los que no se distingue sustancialmente. El *novus ordo* de la Edad Moderna es, pues, universal y absoluto: no hay cosa ni respeto alguno de la vida humana en que no deba obrar la Edad Moderna un cambio tan radical como la diferencia que media entre las dos direcciones opuestas, consiguientes á dos procedimientos de los cuales el uno procedía de *fuera para dentro*, y el otro procede de *dentro para fuera*.

Todo esto se comprende á la verdad, y no sólo se explica, sino se ve y se toca, pues los hechos que están pasando á nuestros ojos son la fiel expresión de tales ideas; lo que no se comprende, es que después de trazar el profesor de Sevilla esas dos direcciones tan absolutamente contrarias en « todos los fines de la vida, » partiendo una de ellas de *fuera para dentro*, y la otra de *dentro para fuera*, se nos ven-

ga diciendo, que la Edad Moderna tiende á conciliar *todos los extremos*, es decir, á poner amistades entre las mismas cosas radicalmente contrarias; lo cual vale tanto como decir, en suma, que son una cosa misma la sobrenatural ascensión á los cielos de la humanidad creyente y fiel en pos de Jesucristo, y la caída de la humanidad descreída en el infierno en pos del ángel rebelde. Ahora se comprenderá lo que significa la seductora frase con que el profesor de Sevilla expresa la tendencia de la Edad Moderna á *armonizar las ideas y ensanchar los horizontes todos de la vida*. No se expresaría en otros términos la antigua serpiente, si le fuera dado hablar directa y personalmente con los hombres, y no le pareciera mejor que los hombres mismos hablen este lenguaje revestidos de la toga profesional en las cátedras universitarias.

P. ¿Qué pueblos son los que estudia la Historia?

R. «Hay pueblos viejos, jóvenes; unos con edad antigua, sin media ni moderna, como el romano; otro con media y moderna sin antigua, como el germánico, franco, belga; otros con moderna solo, como sucede á todos los

americanos y oceánicos. Tenemos pueblos viejos, rejuvenecidos por los principios de la vida moderna, como el *derecho político*, de la *soberanía popular* y su *representación* en *Asambleas nacionales*, desconocido de los antiguos, y el de la *personalidad* con todos los derechos á ella inherentes; son también elementos de rehabilitación para los pueblos todos los conocimientos que nos dan el dominio completo de la naturaleza ¹.»

No sabemos qué pueblos haya rejuvenecido ni pueda rejuvenecer la vida moderna: en cambio no será difícil recordar los que ha corrompido y disuelto, ó están á punto de perecer por haber recibido en su seno el áspid de la moderna civilización, con la cual no puede conciliarse la Iglesia, madre y maestra de las naciones, fuera de cuyo seno no hay salud para los individuos ni los pueblos. ¡Rejuvenecer á los pueblos viejos con la *soberanía popular*, las *asambleas representativas* y los *derechos inherentes á la personalidad*, que alguno llamó insoportables! Para acabar de morir, no pueden hacer los pueblos viejos nada tan eficaz como usar de semejante elíxir: pronto sen-

1. Pág. 28.

tirían con él el estertor de la agonía. Cuanto al otro elemento de rehabilitación, ó sea el conocimiento de las leyes que rigen el mundo corpóreo, puesto caso que dieran al hombre el dominio completo de la naturaleza, todavía faltaría mucho, faltaría todo; porque ¿qué aprovecha al hombre para su salud moral dominar todo el mundo exterior si no sabe dominarse á sí mismo, y conducir á los demás por las vías de la justicia y de la caridad? Sin el temor de Dios, las ciencias naturales son armas homicidas en manos de locos ó malvados. Dígalo Rusia, pueblo ya viejo, aunque próximo á ser rehabilitado con la invención de la dinamita.

P. ¿Qué entendeis por *civilización*?

R. «Viene esta palabra (*civilización*) de los nombres latinos, *civis*, *realizatio*, realización de lo civil, de lo humano: *secularización* de los poderes públicos: *triumfo de la libertad*, condición interesante á nuestra naturaleza, y necesaria para que el hombre pueda elevarse á cumplir *racionalmente su destino*, sin exclusivismos, ni enigma *de un fin á otro, de una á otra esfera de vida* I.»

I Págs. 28 y 29.

La definición nominal que nos dá aquí el autor, de la palabra *civilización*, es tan extraña y original como la etimología en que la funda, mala traducción de dos nombres unidos arbitrariamente, uno de los cuales, *civis*, no significa ciertamente *lo civil*, ni *lo humano*, como le hace decir el autor, y el otro, *realizatio*, no consta en el diccionario de la lengua latina. Pero dejando á un lado esta ráfaga de saber oficial, cualquiera puede observar que lo que entiende por *civilización* el catedrático de Sevilla, es precisamente el principio generador del estado salvaje. Emancípense si no los poderes públicos del respeto y sumisión que deben al magisterio y autoridad de la Iglesia; concédase á los hombres la libertad de realizar su destino conforme al dictámen de su razón, emancipada también de las leyes de la religión, y declárese la independenciam recíproca de todas las esferas de la vida, es decir, que las artes y la industria sean independientes de la moral, y el derecho independiente de la religión, y la religión convertida en vago misticismo panteístico; rómpanse, en fin todos esos lazos de orden y dependencia que debe haber en las cosas y acciones humanas, del

plan divino, cuyo cumplimiento en la vida social constituye la verdadera civilización, que no es en verdad otra cosa sino la tendencia de los hombres á Dios en el orden social; y para quien no ha perdido en estos tiempos la luz *dell' intelletto*, es más claro que la del día, que la sociedad gangrenada por los principios consabidos luego se disuelve *è come corpo morto cadde*.

P. ¿A qué cosa aspira la civilización?

R. «Aspira á la unidad humana (la verdadera unidad) mediante la asociación de todos los hombres y pueblos bajo principios de justicia y moralidad: instruye, educa, moraliza y realiza el *Bien* en sus dos fines reales, en la *idea* y en la *vida*, en el *pensar* y en el *obrar*, ó sea en la *Ciencia* y en el *arte*, porque es *Bien* fundamentalmente y al par perfecciona, engrandece y dignifica; tiende á la unión religiosa de todos los hombres en Dios, por los dos distintos caminos de la *intuición* y la *reflexión*; el *conocimiento* y el *amor puro*, y mediante Dios con todos los seres, como fundados en Él ¹.»

Ya sabemos qué deba entenderse por la *unidad humana*, según Krause; ahora nos falta sa-

¹ Pág. 30.

ber en qué consiste el *Bien* que con ella se nos promete. El *Bien*, dice el Sr. Barnés, debe ser realizado en la *idea*, y en la *vida*, en el *pensar* y en el *obrar*, ó sea en la *Ciencia* y en el *arte*. Primero en la ciencia; ¿pero en qué ciencia? porque la palabra *ciencia*, ó significa el concepto genérico común á las diferentes ramas del saber, como la Física, la Química, las Matemáticas, etc., etc., en el cual están contenidas todas las ciencias particulares, ó bien la ciencia única y absoluta que abarca todo lo escible, y que únicamente pertenece á Dios. En el lugar citado se usa de dicha palabra en este segundo sentido, denotándose con ella la doctrina del sér (*wesenlehre* de Krause), del sér «cuyas categorías forman las supremas esencias de Dios (*der Kategorien als der obersten Wesenheiten Gottes*),» en una palabra, del sér indeterminado y abstracto á que los panteístas llaman *Dios*, sin duda para ocultar debajo de esta palabra la monstruosidad del ateísmo. He aquí pues la *idea* ó sea el *pensar*, ó digamos la *Ciencia* en que se realiza el *Bien* en uno de los *dos fines reales* que le asignan los discípulos del fracmasón Federico Krause.

El otro fin se realiza en la *vida*, en el *obrar*,

ó sea en el *arte*, con independencia absoluta de la moral, y prescindiendo de los tipos de belleza sugeridos por la consideración del órden sobrenatural y divino. Es cosa de notar, que ni el uno ni el otro fin se ordenan en esta escuela al fin verdadero del hombre, acerca del cual guardan nuestros doctores el más profundo silencio. ¿Ni cómo ha de conducir al hombre á su destino inmortal una ciencia que no sabe sino blasfemar, y un arte que únicamente *se inspira en la naturaleza*?

¡Qué diremos de las últimas palabras del señor Barnés sobre la unión de *todos* los hombres con Dios por medio de la intuición y de la reflexión, cuando es sabido que á Dios no le podemos ver naturalmente, y nadie le vió jamás en esta vida, y que la tal reflexión, que recaería en tal caso sobre el objeto contemplado directamente, es también imposible? De los dos únicos caminos que tenemos para conocer á Dios, la razón y la fè, el Sr. Barnés no conoce ninguno: pero en cambio quiere conducirnos á él por las dos veredas ciegas ideadas por el racionalismo panteístico en el mundo de sus falaces ilusiones. Nos habla también de amar á Dios con *puro amor*, ajeno

de temor y esperanza, sin advertir que Dios no puede ser amado de los que no le conocen, ni creen en Él, y que arrancar al corazón humano el santo temor de Dios y la consoladora esperanza de verle y gozarle en el cielo es quitar á la moral sus más eficaces motivos. Por último, el Sr. Barnés nos predica la *unión* con *todos* los seres *mediante* Dios, en quien dice que *están fundados*; lo cual equivale á decir que todas las cosas son una misma con el *sér* que llaman *divino*, y que uniéndonos con él en la noche del ateísmo, podremos despertar á la vida de los sentidos entonando el cántico de los que repiten el dicho de los impíos: «Venid pues y gocemos de los bienes presentes: apresurémonos á gozar de las criaturas... Coronémonos de rosas antes que se marchiten: no haya prado donde no dejemos las huellas de nuestra intemperancia. Ninguno de nosotros deje de tomar parte en nuestra lascivia... »¹

¹ Sap., cap. II.